

# RECORDANDO LA INOLVIDABLE OCASIÓN CUANDO FERNANDO VALLEJO VISITÓ EL CLAUSTRO

Por: Julio César Montañez Ruiz<sup>1</sup>



Foto: archivo personal del autor.

**A**cabo de terminar el último libro de Vallejo “El don de la vida”, que cabría interpretar como su obra de senectud, su designio: la bendición de la muerte. Es fácil entender por qué está en la cumbre literaria: su grandilocuencia es fascinante; recordé cuando se pronunciaban las palabras que le conferían el doctorado honoris causa en la Universidad Nacional de Colombia, en medio de los aplausos de un pletórico auditorio León de Greiff de pie, que no cesaba de vitorearlo. Ese recuerdo que me vino a la mente, en el tiempo de los relojes no fue superior a tres segundos (como diría Borges: “la eternidad del instante”).

Pero esa remembranza solo fue una lacónica introducción al mejor recuerdo que tengo de Fernando el memorioso, el que les vengo a relatar:

---

<sup>1</sup> Abogado rosarista, y joven investigador de la Facultad de Jurisprudencia.

Quién podría imaginarse que ese martes 11 de septiembre del 2007, cuando me disponía a salir de la universidad, encontrara a este singular personaje. Pues de esta manera sucedió: parecía haber un altercado en la entrada del Claustro, por lo cual, me interesé en aquel suceso... pero mayor no pudo ser mi sorpresa cuando pude ver que el acontecimiento se había originado, porque no querían dejar entrar a Fernando Vallejo, “pues no tenía el carné de la universidad”, por lo que reaccioné para que lo dejaran ingresar junto con su acompañante y que así, pudiera conocer nuestro Colegio Mayor del Rosario.

Una vez adentro, con su amiga (una antioqueña muy afable), le manifesté a Fernando la admiración que sentía por uno de sus libros en particular: “Logoi”.

Es menester decir que a Fernando Vallejo se le conoce por sus obras más polémicas, donde, (como él mismo lo manifiesta) no hace cosa distinta a hablar en primera persona, buscando solo relatar lo que ve y lo que ha vivido, pues como diría horas más tarde: “si no se ha vivido lo suficiente no se tiene sobre que escribir”.

Pero en “Logoi” en particular, Vallejo habla del lenguaje literario, y logra realizar una gramática de este, y pone de presente las diversas figuras literarias de una tradición que se remonta a Homero, a quien cita en griego; también pasa por Cicerón, en latín; Rimbaud, en francés; Poe, en inglés; Leopardi, en italiano, y Silva, en español, por citar tangencialmente algunos de los más grandes representantes de diversas culturas y tiempos. Para no desconocer la autonomía de este lenguaje, que escapa a la propiedad de una determinada época o cultura, demuestra su aparición mucho antes de la

impresión. En principio, su composición era oral y así llegó a ser plasmado en libros, que quizá sólo hayan llegado a compendiar una pequeña parte de la riqueza de este aparente sempiterno lenguaje. Sobre ese libro, Vallejo me comentó que lo escribió para enseñarse a sí mismo cómo escribir con la maestría que lo hace actualmente. Decidió hacerlo porque llevaba varios años reconstruyendo la biografía de Porfirio Barba Jacob, y a pesar de haber estudiado filosofía y lingüística, sentía que no sabía escribir bien. Como diría más adelante, el escribir bien no se aprende solo leyendo...

Además pude hablarle sobre otras dos fantásticas obras suyas: las biografías de Porfirio Barba Jacob y José Asunción Silva, donde se devela lo que seguramente se ha convertido en un auténtico género literario.

Después de haberle mostrado mi universidad y cuando estábamos saliendo del Aula Máxima, nos encontramos con tres estudiantes de ciencia política, que también conocían su obra y lo admiraban. Gracias a esto, se conformó una tertulia inolvidable. Por ende, decidimos llevarlo al inveterado Café Pasaje, donde pudimos hablar y hacerle preguntas sobre tantos temas como se nos ocurría. Temas que respondió con una sapiencia mágica.

Posteriormente, Vallejo y su amiga nos invitaron a la casa de ella, ubicada en la excelsa obra diseñada por el famoso (recientemente desaparecido) arquitecto Rogelio Salmona: “Las Torres del Parque”, desde ese momento se presentaba una noche inigualable.

Una vez allí, en un apartamento espectacular, no por la opulencia, sino por su elegancia y sencillez, entre Pirela y Piazzolla, hablamos durante horas.

Creo necesario recordar, que por las arengas que ha pronunciado Fernando en diversas ocasiones, se ha ganado innumerables animadversiones.

Sus detractores le manifiestan casi siempre argumentos *ad hominem*, que sobre su discurso no dicen nada, y se concentran en su persona, razón por la cual, no llegan a desvirtuar de ninguna manera sus contundentes críticas.

Si se me permite la interpretación, debo decir que en el fondo de su discurso, las diatribas de Vallejo, develan su desprecio por la concepción antropocéntrica del mundo. Esto se refleja en sus reiteradas críticas a la iglesia. Fernando, quien es un gran lector de bulas, encíclicas y demás documentos sacros, se atreve a decir a la luz pública, sin importarle la execración, que ese desprecio por los animales y su consideración como seres inferiores se puede encontrar plasmado en la Biblia.

Esto es así para él, pues en ella no se expresa ni una sola palabra de piedad para con los animales, y de contera, se plasma que su finalidad no es otra que ser alimento del hombre, y eso para Fernando resulta cuando menos despreciable.

Por lo tanto, es a partir de esa cosmovisión, desde donde surge el estado de cosas para Vallejo, pues al infligir esa violencia sobre los animales, se parte de su incapacidad de sensibilidad, lo cual plasma ideas como la de carencia de alma inmortal de cualquier especie diversa de los seres humanos y por ende, la convicción de su inferioridad.

Por estas razones, sólo se puede concluir, que más allá de criticar a todos, como lo interpretan algunos, su crítica se dirige a la sociedad, que siempre ha seguido una *weltanschauung*, o concepción del mundo, que desde tiempos inmemoriales ha estado determinada por una particular definición del concepto de animalidad, que busca

denotar lo que diferencia al hombre del resto de las especies: su manejo de la razón, la cultura y el lenguaje.

También crítica en su discurso, de manera incesante, a los políticos, no importa su filiación, ya que considera que afiliarse a un partido implica cargar con los innumerables crímenes cometidos en su historia, además de considerar a la clase política como la más deleznable sobre la faz de la tierra, y al congreso como la cloaca más putrefacta de la nación; incluso considera que se han trastocado las acepciones de las palabras, pues se le adiciona como adjetivo calificativo: honorable al Congreso de la República...

Pone el ejemplo más elocuente en su desprecio por la clase política (en quienes aparentemente serían los más inocuos) con los políticos que luchan por los pobres, pues bajo el ropaje de filántropos, no hacen cosa distinta a conseguir ingentes cantidades de votos, ya que en vista de que la pobreza es la regla general y no al contrario, siempre va a ser un discurso popular el que los propugna y, por consiguiente, se ve remunerado con el nombramiento en puestos de elección pública.

En el “Río del tiempo”, los nueve libros que componen su obra autobiográfica, el trasfondo es su concepción del mundo, su visión antropológica negativa: su creencia en la maldad irredimible del hombre, que solo puede soslayarse, para él, con un pansexualismo necesario para sobrevivir.

Así, después de hablar con Fernando de tantas cosas nos parecía increíble que su pluma ponzoñosa, con la que muchos están de acuerdo, sea tan sencillo y tan abierto; que detrás de esa inusual erudición se devede tan exquisito humor, que nos tuvo casi hasta la una de la mañana riendo, además de ilustrarnos de infinidad de cosas, tantas como se le venían a la mente.